

habrían podido conservar sobre la conducta que debía seguirse. Después de esta confesión involuntaria escapada al gobierno del emperador, á su mujer y á su ministro de la Policía, no podían dudar ya que su trono no estuviese próximo á caer en ruinas y que tocar á París no fuese el medio seguro de provocar su hundimiento.

Se apresuraron á despertar al emperador Alejandro y al príncipe de Schwartzberg; les comunicaron los documentos interceptados, y la demostración hubo de ser completa para entrambos. Marchar sobre la capital pareció la resolución que era preciso tomar en seguida, debiéndose poner en ejecución en cuanto amaneciera. Actualmente no estaban reunidos los tres soberanos. Alejandro, el más activo de los tres, queriendo estar siempre en todas partes, y particularmente cerca de los generales, se encontraba en aquel momento al lado del generalísimo. El más modesto y prudente, aquel que se movía menos y que no siendo militar, creía que no debía causar con su presencia á los militares ningún género de estorbo, el emperador Francisco, residía á la sazón bastante lejos, es decir, en Bar-del-Aube. El rey de Prusia, que formaba entre los dos una especie de término medio, más reservado que el uno y más activo que el otro, se había alojado en los alrededores. Se convino en que irían á buscarle inmediatamente; que se pondría el ejército en marcha á la otra mañana para aproximarse al Marne, donde debían encontrar á Blücher, y que allí reunidos todos, después de una deliberación cuyo resultado no podía ser dudoso estando allí los prusianos, se tomaría el camino de París. El príncipe de Schwartzberg se encargó de poner en conocimiento de su soberano el partido que se acababa de adoptar; y le aconsejó al escribirle que no pensara en reunirse con la columna invasora, pues podía suceder que al cruzar los ejércitos beligerantes cayera en manos de su yerno, lo que en las actuales circunstancias sería una grave complicación. A través de la Borgoña existía una línea de comunicación austriaca, digámoslo así, pues que de Troyes á Dijón se habían mandado socorros al conde de Bubna. El príncipe de Schwartzberg aconsejó, pues, al emperador Francisco y á Mr. de Metternich que se dirigieran hacia Dijón, pues no sólo era muy prudente no dejarse prender, si no que era conveniente asimismo que el emperador Francisco no asistiera al destronamiento de su yerno, y sobre todo de su hija. Tomadas estas disposiciones, salieron de Dampierre el 24 por la mañana para pasar á Sommepeuis.

Este punto estaba apenas á tres leguas de distancia, y no se necesitaba mucho tiempo para llegar á él. El emperador Alejandro, el príncipe de Schwartzberg, el comandante de estado mayor Wolkonski y el conde de Nesselrode, que partieron juntos del castillo de Dampierre, encontraron en Sommepeuis al rey de Prusia y á Blücher con su estado mayor. Dícese que la fatal resolución que debía conducir á los ejércitos de Europa á París fué tomada en un pequeño cerro, situado en los alrededores de Sommepeuis, y que allí tuvo lugar la liberación cuyo resultado estaba bien previsto, puesto que á todos los sentimientos que se manifestaron ya en el castillo de Dampierre habían venido á unirse las pasiones prusianas. El acuerdo fué unánime. Con efecto, las respuestas se ofrecían en tropel á las objeciones de

los militares metódicos que no salían de las reglas de la guerra comprendidas servilmente.

Napoleón iba á colocarse sobre las comunicaciones de los ejércitos aliados, pero éstos iban también á colocarse sobre las suyas. Los males que él iba á causar apoderándose de los almacenes de los aliados, de sus hospitales, sus retaguardias y sus convoyes de material, ellos se los devolverían dobles ó triples capturando todo cuanto debía encontrarse entre París y el ejército francés, sobre el camino de Nancy. Si Napoleón tomaba mucho, ellos tomarían más, y por otra parte, ¿adónde iban los unos y los otros? Napoleón á Metz y Estrasburgo, donde su presencia no decidiría ninguna cosa, y los aliados á París, donde tenían la certeza de operar una revolución y de arrancar á Napoleón un poder que le hacía tan terrible. Seguirle era obedecer á sus miras, pues evidentemente era lo que él había querido al ejecutar aquel movimiento tan extraño y tan imprevisto hacia la Lorena. Esto era dejarse apartar del principal objeto y exponerse á una nueva serie de azares militares, pues le encontrarían reforzado con la reunión de sus guarniciones, tendrían que empezar de nuevo, con ejércitos extenuados, contra ejércitos reclutados recientemente, el juego terrible de las batallas en el cual era preciso confesar que Napoleón les era superior; tendrían que entrar en lentitudes y en complicaciones interminables y probablemente acabarían por caer en algún lazo que él habría tenido maña para armar, que ellos no habrían tenido el arte de evitar, y en el cual sucumbirían. Ir á París, herir en el corazón á Napoleón, era mucho más corto y más seguro, aunque pareciera más aventurado; y en todo caso, suponiendo que no pudieran entrar en la capital de Francia, quedaba una línea de retirada segura, el camino de París á Lille, el camino de la Bélgica, donde encontrarían al príncipe de Suecia que llegaba con cien mil hombres holandeses, ingleses, hannoverianos y suecos.

Nada que fuera concluyente se podía oponer á estas razones. Todo el mundo cedió, desbaratando así los cálculos de Napoleón, pues todo el mundo consultó las consideraciones políticas, en tanto que él, despreciando la política, cuyos consejos no escuchaba mucho, sólo había tomado en cuenta las consideraciones militares. Como de costumbre, teniendo razón militarmente, políticamente no la tenía, y engañándose siempre de este modo debía acabar por perecer una vez por todas.

Bajo este concepto, se resolvió al punto que se detendrían todos los cuerpos de ejército en los lugares en que se encontraban, y que les darían orden de empezar, al día siguiente por la mañana, su marcha hacia París. Sin embargo, no podían dejar á Napoleón sin alguien que le vigilara á su retaguardia, sea para hostigarle, sea para observarle, y para tener noticias de lo que haría en el caso en que, cambiando de resolución, se volviera hacia París. Encargaron al general Wintzingerode que le siguiera con diez mil caballos, algunos miles de hombres de infantería ligera, y una numerosa artillería montada. Esto era bastante para causarle aquí y acullá algunas pérdidas, pero sobre todo para tener informes de sus resoluciones tan luego como él las formara. Al encaminarse á París habían querido tener un emisario que les precediera y que entrara en comunicación con monsieur de Talleyrand y Mr. de Dalberg, con los cuales

contaban para operar una revolución. Un hombre había indicado para el caso, era Mr. de Vitrolles; enviado por estos jefes de los descontentos, y valiéndose de él como decimos, no hubieran hecho más que responder á una proposición venida de ellos. Pero ya no estaba allí Mr. de Vitrolles. En justicia, debemos decir que fieles á los compromisos de Chatillón, los soberanos aliados no habían querido oír á Mr. de Vitrolles antes de la disolución del congreso. Después, considerándose libres, habían consentido en recibirle y hablarle, y le habían manifestado el deseo de que se volviera á París. Pero éste, deseoso de ver á los Borbones, á quienes amaba, y que iban á volver á ser los dueños de la Francia, había preferido ir á la Lorena, donde se suponía que el conde de Artois había llegado ya, antes que volverse á París exponiéndose á caer en manos del duque de Rovigo. Mr. de Vitrolles insistió, pues, en que le permitieran marchar en busca del conde de Artois.

Efectivamente, había muchas cosas útiles que hacer cerca de este príncipe, pues era urgente que desde el día en que penetraran en aquel París tan temible y tan temido, se presentaran no como conquistadores, sino como libertadores. Para esto se necesitaba tener preparado un gobierno en cuyos brazos pudiera arrojarse la Francia; y aunque los Borbones no fuesen el objeto de una preferencia decidida por parte de las potencias aliadas, la vuelta de estos príncipes resultaba tan naturalmente de la fuerza de las cosas, que era de la mayor importancia entenderse con ellos. Así, pues, los soberanos aliados consintieron en la partida de Mr. de Vitrolles para la Lorena, y se convino en que después que hubiera visto al conde de Artois, se volvería al cuartel general cerca de París. Llevó el encargo de decir al conde de Artois que al volver á poner la planta en el suelo francés era preciso deshacerse de muchas preocupaciones, olvidar muchas cosas y muchos hombres, y guiarse por los consejos de Mr. de Dalberg, de Mr. de Talleyrand y otros personajes semejantes.

Habiendo partido de este modo Mr. de Vitrolles antes de los acontecimientos de Arcis-del-Aube, al marchar hacia París no tenían ningún medio preparado de comunicar con el interior; pero una vez abiertas por el cañón las puertas de la capital, presumían que se establecerían fácilmente las relaciones. Al día siguiente 25 de marzo, día de funesta memoria, reunidas las masas de la coalición, se pusieron en movimiento, el ejército de Blücher por la derecha y el ejército de Schwartzberg por la izquierda, uno y otro dirigiéndose hacia Fere-Champenoise, camino de París entre el Marne y el Sena.

En esta dirección era imposible que no encontraran muchos cuerpos, desgraciadamente desunidos, que tenían orden y deseos de unirse á Napoleón. Los principales eran los cuerpos de los mariscales Mortier y Marmont, que habían quedado en observación delante de Blücher, y el gran convoy de refuerzos y de material enviado hacia Sezanne para recibir la escolta del general Pachtod. Veamos lo que había sido de unos y otros hasta el 25 de marzo.

Al partir de Reims Napoleón había dejado allí al mariscal Mortier para que sirviera de apoyo al mariscal Marmont que defendía el puente de Berry-au-Bac, en tanto que el general Charpentier con algunos restos de

fendía en Soissons el segundo puente del Aisne. Cuando Blücher, después de haber perdido en Laón seis ó siete días en vanas deliberaciones quiso marchar hacia el Aisne, encontró el puente de Berry-au-Bac demasiado bien guardado para tomarlo á viva fuerza. Entonces mandó un fuerte destacamento á algunas leguas más arriba, á Neufchatel, donde el paso era fácil, en tanto que él más abajo hacía un simulacro de paso en Pontavert. Tan luego como el destacamento que había atravesado el Aisne en Neufchatel bajó al nivel de Berry-au-Bac, Blücher se corrió á este último puente el 18 para atacarlo. Pero el mariscal Marmont lo había minado y una horrible explosión le hizo volar á la vista de los prusianos. Marmont se retiró entonces por Roucy hacia Fismes. Esto fué una falta y una causa de muchas desgracias.

Lo más natural para el mariscal Marmont habría sido retirarse hacia su reserva, es decir, hacia el mariscal Mortier que estaba en Reims. Es verdad que Napoleón había dado la doble orden de cubrir París y mantenerse en comunicación con él. Pero si Fismes estaba en el camino de París, Reims lo está también, y el marchar hacia este punto presentaba la ventaja de reunir las fuerzas y seguir en inmediata comunicación con Napoleón. Por consiguiente, la marcha debió ser á Reims y no á Fismes, pues encaminándose hacia Fismes se exponían casi seguramente á quedar cortados de Napoleón, lo que era contrario á una mitad de sus órdenes y podía producir funestas consecuencias, como veremos más adelante. El mariscal Marmont, probablemente bajo la influencia de la vista de los cuerpos enemigos que habían pasado el Aisne en Neufchatel, y que se habían dirigido contra su derecha, se apartó instintivamente á la izquierda, y por este motivo, puramente maquinal, se replegó hacia Fismes. Llegado á este sitio, se vió aislado, y llamó á sí al mariscal Mortier. Éste, modesto y nada celoso, sabiendo que el mariscal Marmont tenía más talento que él y olvidando que en cuanto á sensatez no tenía tanta, se creyó en el deber de satisfacer los deseos de su colega, partió de Reims el 19 y fué á reunirse en Fismes, lo que demuestra que los dos mariscales habrían podido ir á Reims, sin quedar por esto cortados del camino de París. Entre los dos tenían unos quince mil hombres.

Hasta el día siguiente, 20 de marzo, por la noche estuvieron en posición en una altura llamada de San Martín, tan poco les molestaba el enemigo, y tan fácil habría sido maniobrar en aquellos primeros días con toda libertad entre París y Napoleón. El 20 por la noche recibieron despachos de Napoleón, escritos en Plançy en el momento que iba á partir para Arcis, en los cuales desaprobaba el movimiento hacia Fismes, porque quedaban separados de él, y les ordenaba que se le reunieran por el camino que juzgaran más corto y más seguro. Volver á Reims no era ya posible, pues el enemigo se había aprovechado de nuestra retirada para ocuparle. De Fismes á Epernay, que habría sido lo más corto para reunirse á Napoleón, no había buenos caminos para la artillería. Preciso era, pues, bajar hacia Chateau-Thierry para pasar el Marne, y luego subir entre el Marne y el Sena por el camino de Montmirail, perdiendo dos días y exponiéndose á muchos encuentros peligrosos. Como no había otro remedio, los maris-

cales partieron en la misma noche del 20 y llegaron el 21 á Chateau-Thierry, donde restablecieron el paso del Marne, y al día siguiente 22 marcharon hacia Champaubert por dos vías diferentes, con el fin de no molestar el uno al otro al seguir un mismo camino. Llegaron por la noche. El 23 pasaron á Bergeres, y habiendo comenzado á descubrir las partidas enemigas, no pudieron continuar su marcha de un modo seguro.

Allí supieron que Napoleón había tenido en Arcis una sangrienta refriega; que había vuelto á pasar el Aube, y se había acercado hacia el Marne por los alrededores de Vitry. Buscarle en esa dirección y procurar unirse á él era el deber de los mariscales, por grande que fuera el peligro. En su consecuencia, resolvieron avanzar hasta Soudé Sainte-Croix, á medio camino de Vitry. Si encontraban una salida á través de las columnas del ejército aliado, su intención era arrojarle por ella ciegameente con el fin de reunirse á Napoleón; y si no podían conseguirlo, si aquel ejército continuaba interpuesto en masa compacta entre Napoleón y ellos, su proyecto era seguir sus movimientos con precaución, y replegarse para cubrir París si es que los enemigos se dirigían hacia esta capital. En efecto, no podían conducirse de otro modo, habiendo cometido la falta de retirarse á Fismes en vez de retirarse á Reims.

Al día siguiente, 24 de marzo, los dos mariscales se encaminaron á Soudé Sainte Croix; pero queriendo saber Mortier lo que pasaba por el lado de Chalóns, imaginó tomar la travesía de Vitry, que debía necesariamente alargar su camino. Marmont al llegar por la noche á Soudé Sainte-Croix, se encontró solo en el punto de reunión y se alarmó hasta lo sumo. Una inmensa línea de hogueras se extendía ante sus ojos, como si estuviera incendiado el horizonte. Escogió tres de sus oficiales que hablaban alemán y polaco y los envió á practicar un reconocimiento. Uno de estos tres oficiales, de origen polaco, tan bizarro como inteligente, penetró en los campamentos enemigos, y supo todo lo que quería saber. Al punto se volvió á dar parte al mariscal Marmont. Según sus noticias, tenía delante de sí á todos los ejércitos de la coalición, unos doscientos mil hombres, y esta masa enorme los separaba de Napoleón, que había partido para Saint-Dizier. No era posible llegar á reunirse con el ejército imperial á través de semejante obstáculo. Marmont despachó un oficial á Mortier para decirle que se le reuniera lo más pronto posible y que tomara á retaguardia una posición que les pusiera al abrigo de la peligrosa vecindad que acababan de descubrir.

Al día siguiente, 25 de marzo, Mortier fué á ver á Marmont para conferenciar con él. Marmont por su parte había perdido tiempo ejecutando el trayecto por la travesía de Vitry y había recogido las mismas noticias que su colega. En presencia de esta conformidad de informes, ambos opinaron que debían retrogradar hacia Fere-Champenoise. Además las columnas enemigas, que parecían dirigirse sobre ellos, hacían inevitable este movimiento. Marmont se dispuso, pues, á retirarse hacia Sommesous, rogando con instancia á su colega que marchara hacia el mismo punto.

Tales habían sido las operaciones de los mariscales Marmont y Mortier hasta el 25 de marzo por la mañana, momento en que los ejércitos aliados se ponían en

marcha hacia París. En una situación casi semejante iban á encontrarse otros dos cuerpos, los del general Pacthod y del general Compáns. El general Pacthod se había quedado en Sezanne con su división de guardias nacionales, para escoltar los refuerzos destinados al ejército. Sucesivamente había recogido varios batallones, unos de línea y otros de joven guardia llegados de París á las órdenes del general Compáns, y mucha artillería, que formaba en todo como unos diez mil hombres, con los cuales contaba Napoleón para reforzarse y que, repetidas veces, había recomendado á la vigilancia del ministro de la Guerra. Pero este ministro no se ocupó de ello y estos batallones erraban al acaso, esperando órdenes que no llegaban jamás. Conociendo el general Pacthod por varios reconocimientos practicados que estaba cerca de Marmont y de Mortier, había escrito á este último, que no había sabido qué prescribirle, y no recibiendo contestación, se había encaminado de Sezanne hacia Fere-Champenoise, en la dirección del Aube al Marne, lo que debía hacerle cruzar la línea seguida por los dos mariscales y proporcionarle la ocasión de reunirse á ellos. En la misma mañana del 25 había atravesado ya esta línea, y estaba cerca de un sitio llamado Villeseneux. El general Compáns había seguido de muy lejos al general Pacthod.

Esas eran las posiciones de los diversos cuerpos franceses cuando el 25 por la mañana los ejércitos aliados, dejando á Wintzingerode la persecución de Napoleón, tomaron el camino de París. Blücher avanzaba á la derecha, apoyándose en el Marne, y Schwartzberg á la izquierda, apoyándose en el Aube. Cerca de veinte mil hombres de caballería precedían á las dos columnas. La infantería seguía á una media hora de distancia.

Así que vió el mariscal Marmont que la tempestad se dirigía hacia él, comprendió que el enemigo abandonaba á Napoleón para correrse hacia París y se volvió hacia Sommesous, camino de Fere-Champenoise. El mariscal, excelente estratégico, retrocedió en buen orden, resguardando su caballería poco numerosa detrás de sus cuadros de infantería. A cada posición sostenible se detenía, cubría de metralla al enemigo, que se apresuraba demasiado, y después se ponía en marcha, protegiendo siempre con sus sólidos cuadros de infantería á su artillería y caballería.

Otro contratiempo hubo de experimentar en Sommesous; Mortier, aunque marchaba de prisa, no había podido llegar aún al lugar convenido, y fué preciso esperarle, con el fin de evitar una separación. Los dos mariscales reunidos contaban á lo sumo quince mil hombres: ¿qué habría sido de ellos si hubiesen estado separados?

Marmont esperó, pues, sin moverse la llegada de Mortier, pero hubo de sufrir muchas cargas de caballería, y lo que era peor, tuvo que perder momentos preciosos, durante los cuales las columnas enemigas tenían tiempo para avanzar y para hacerse más amenazadoras. Mortier apareció en fin, y entonces se pusieron en camino para la Fere-Champenoise.

Apenas habían atravesado algunos miles de metros cuando fueron atacados por una masa espantosa de caballería, apoyada por infantería. Los dos mariscales se refugiaron en una posición que les permitía resistir un poco de tiempo. Dos barrancos bastante próximos y

que corrían paralelamente el uno hacia Vassimont y el otro hacia Connantray, dejaban entre sí un espacio abierto de poca extensión y de fácil defensa. Los mariscales se colocaron entre los barrancos, cerrando el espacio que les separaba con su izquierda en el barranco de Vassimont y su derecha en el de Connantray, cubriendo de este modo el camino de Fere-Champenoise. En esta posición se sostuvieron lo más que les fué posible enfrente de la caballería y artillería enemigas. La caballería francesa, que se había quedado en la llanura, se defendía valientemente, pero al fin fué rechazada por la de Pahlen, y tuvo que retirarse detrás de nuestra infantería.

Entretanto, el tiempo, que era malo, se había puesto peor, y como una abundante granizada cegara casi á nuestros artilleros, los guardias rusos de caballería se lanzaron sobre los coraceros de Bordessoulle, que estaban á nuestra izquierda, un poco delante de Mortier, y los rechazaron sobre nuestra infantería. La joven guardia formó sus cuadros á toda prisa; pero privada de sus tiros por la lluvia, no pudo contener al enemigo, y dos cuadros de la brigada de Jamín fueron destruidos. En el mismo momento, un espectáculo alarmante vino á turbar el espíritu de nuestras tropas, tan firmes hasta entonces á pesar de su juventud. No consistía todo en disputar una ó dos horas el terreno que se extendía entre el barranco de Vassimont y el de Connantray, sino que era preciso concluir por replegarse, y para esto había que desfilarse por dentro de la aldea de Connantray, donde habíamos apoyado nuestra derecha y por donde pasaba la carretera de Fere-Champenoise. Ahora bien, en tanto que el grueso de la caballería enemiga nos cargaba de frente, una parte de esta caballería, que había atravesado el barranco de Connantray por nuestra derecha, galopaba sobre nuestra retaguardia, hacia Fere-Champenoise. Juntándose estas amenazas á retaguardia con los reiterados ataques de frente, los cuerpos hubieron de precipitarse y se retiraron en confusión á Fere-Champenoise. El cuerpo de Marmont consiguió atravesar Connantray sin perder otra cosa que algunos cañones, pero Mortier á duras penas salió del peligro, y habría sido destruido sin un socorro inesperado que vino á recibir de repente.

Entre las tropas de los generales Pacthod y Compáns había algunos regimientos de caballería organizados á toda prisa en el depósito de Versalles. Uno de estos regimientos, que había seguido el movimiento del general Pacthod, apareció de improviso entre Vassimont y Connantray, cargó á la caballería enemiga, libertó á nuestra infantería y salvó al cuerpo de Mortier. Este último escapó como Marmont sacrificando una parte de su artillería, que no pudo atravesar el barranco de Connantray, para llegar á Fere-Champenoise.

Esta escaramuza, en la que el mal tiempo vino á favorecer á un enemigo diez veces más numeroso que nosotros, paralizó la resistencia de nuestros soldados y nos costó cerca de tres mil hombres y mucha artillería. Era una pérdida cruel, tanto en sí como relativamente al corto número de hombres que tenían los mariscales, y sin embargo no era la última que debían sufrir.

Como era imposible alojarse en Fere-Champenoise, y no podían detenerse hasta por la noche, tuvieron que ponerse en marcha hacia Sezanne, aunque no estaban

bien seguros de llegar, hostigados como se hallaban por las masas enemigas. Felizmente, para ir á Sezanne, costeaban las alturas por donde pasa la carretera de Chalóns á Montmirail, y donde un mes antes habían dado tan brillantes combates. Una de las cuestecillas pertenecientes á estas alturas, y que formaba una especie de promontorio avanzado hacia la llanura, se encontraba muy cerca, á la derecha, y fueron á establecerse en ella para pasar la noche, y para ponerse al abrigo de los incasantes ataques de la caballería de los aliados. Pero en tanto que avanzaban, se oyó hacia atrás á la derecha un horroroso fuego de cañón.

Los mariscales se alarmaron, y Mortier se acordó entonces del bizarro é infortunado Pacthod, que le había pedido instrucciones que él no había podido darle. En efecto, el general Pacthod, procurando reunirse á los mariscales, había marchado más allá de Fere-Champenoise, y para encontrarlos se había adelantado hasta Villeseneux. Habiendo sabido allí su movimiento retrógrado, se volvía perseguido por la caballería de Wassiltzikoff y se dirigía hacia Fere-Champenoise en el mismo instante en que Mortier salía. El general Pacthod, que no contaba poder llegar, había tomado el partido de retirarse hacia Pierre-Morains y Bannes, con la esperanza de encontrar un asilo cerca de los pantanos de Saint-Gond.

Pacthod marchaba con tres mil guardias nacionales formados en cinco cuadros, y había tenido que refugiarse en una hondonada coronada por todas partes de tropas enemigas. Estas tropas, no reconociéndose al punto, pues unas pertenecían á Blücher, otras al príncipe de Schwartzberg, se habían tiroteado entre sí; pero volviendo muy luego de su error, habían cruzado sus fuegos contra los desgraciados cuadros del general Pacthod. Los dos últimos de estos cuadros, encargados de formar la retaguardia desde Villeseneux, no habían cesado de mostrar una firmeza heroica, á pesar de estar compuestos de guardias nacionales, que la mayor parte no habían estado jamás en la guerra. Rodeados y cubiertos de metralla, se habían sostenido firmes, hasta que, deshechos por la artillería y destrozados por la caballería, fueron acuchillados casi hasta el último hombre. Los otros tres, rechazados hacia el pantano de Saint-Gond, concluyeron por confundirse en una sola masa, negándose siempre á rendirse á pesar de la metralla. Cada descarga de artillería producía horribles estragos.

El emperador Alejandro y el rey de Prusia, que habían corrido á aquel lugar, se sorprendieron y se interesaron al ver tanto heroísmo: Alejandro envió á uno de sus oficiales á intimarles en su nombre que se rindieran, y entonces los que aún quedaban se entregaron á él. Este príncipe no pudo menos de alarmarse, viendo que unos simples guardias nacionales se habían defendido con tanto valor, y algunos días más tarde hubo de manifestar su sorpresa y su admiración. ¡Noble y triste episodio de aquellas guerras tan locas como sangrientas!

Esta cruel jornada de Fere-Champenoise, que los aliados calificaron con el nombre de batalla, y que no fué más que el encuentro fortuito de doscientos mil hombres con algunos cuerpos extraviados que se batieron en la proporción de uno contra diez, nos costó cerca de seis mil hombres entre muertos, heridos ó prisione-

ros, sin contar una numerosa artillería. El cuerpo del general Compáns, habiendo tomado á tiempo el partido de retrogradar, había marchado hacia Coulomiers, y pudo adelantarse sano y salvo á las masas enemigas sobre la carretera de Meaux.

Al día siguiente, 26 de marzo, los mariscales, que contaban entre los dos unos doce mil hombres, se dirigieron hacia la Ferté-Gaucher, para llegar al Marne, entre Lagny y Meaux, y acudir á defender París, pues el Marne, como es sabido, entrando en el Sena por Charentón, es decir, más arriba de París, protege á esta capital contra el enemigo procedente del Nordeste. Atravesaron muy temprano por Sezanne, donde no encontraron más que algunos cosacos que pusieron en dispersión y continuaron su marcha por Mœurs y Esternay, con el mariscal Mortier á la cabeza y Marmont á la cola de la columna.

En la segunda mitad del día, las avanzadas de nuestra caballería señalaron el enemigo en la Ferté-Gaucher, lo que causó gran sorpresa y una especie de terror. Habiendo podido pasar por allí algunas horas antes el general Compáns, y estando detrás de nosotros el enemigo que nos perseguía, no podían comprender cómo les habían adelantado de aquel modo. Sin embargo, la cosa era muy natural, por mucho que pareciera no serlo. Blücher al marchar hacia Chalóns para reunirse allí al ejército de Bohemia, había dejado á Bulow delante de Soissons y lanzado á Kleist y á York detrás de los dos mariscales. Kleist y York los habían seguido hacia Chateau-Thierry, y de Chateau-Thierry habían avanzado directamente hacia la Ferté-Gaucher para cortarles el camino de París.

Mortier y Marmont deliberaron inmediatamente y resolvieron que el primero forzaría el paso en la Ferté-Gaucher, en tanto que el segundo contendría al enemigo encarnizado en perseguirles, defendiendo á todo trance la posición de Montils. En efecto, la división de la vieja guardia Christiani atacó vigorosamente á la Ferté-Gaucher, pero no pudo desalojar al enemigo, bien apostado en las orillas del Gran-Morin. Por su parte, el mariscal Marmont se defendía valerosamente en el desfiladero de Montils. Así pasaron el día con el corazón devorado de inquietudes y sin saber cómo saldrían de aquel atolladero, teniendo las tropas aliadas por delante y por detrás. Sin embargo, hacia la caída de la tarde imaginaron volver á la izquierda marchando á través de los campos, y tratar de llegar á Provins por el atajo de Courtacón. Esto se ejecutó como se había resuelto. Aprovechándose de la obscuridad, se arrojaron por los campos á la izquierda y consiguieron llegar á Provins después de sufrir crueles angustias, y sin haber tenido más pérdida que algunos cajones de la artillería. Felizmente habían salvado los hombres y los cañones, y apenas había costado algunos carros el salir de este apuro espantoso. Pero el camino del ejército había cambiado, y no quedaba otro remedio para llegar á París que seguir la vía que va por la orilla derecha del Sena, de Melún á Charentón. En este caso, el enemigo, en libertad para marchar al Marne y pudiendo atravesarle por donde quisiera, no tenía otro obstáculo que temer para ver cumplidos sus designios que la débil división del general Compáns, que se había retirado hacia Meaux. Era urgente, pues, apresurarse para llegar á tiempo á

París, para reunirse con el general Compáns si había podido salvarse; en una palabra, para concentrarse con las tropas y los buenos ciudadanos á fin de defender con ellos la capital de nuestro país contra la Europa ávida de venganza.

Los mariscales, comprendiendo que era lo único que debían hacer, dieron á las tropas un descanso que les era indispensable, pues durante tres días no habían cesado de andar de día y de noche, y en la tarde del 27 partieron para aproximarse á París, el mariscal Marmont por la carretera de Melún y el mariscal Mortier por la de Mormant, con la idea de no estorbarse siguiendo el mismo camino.

El día siguiente, 28, pernoctaron á la misma altura, el uno en Melún y el otro en Mormant. El 29 se reunieron y pasaron el Marne por el punto en que se une con el Sena, es decir, en el puente de Charentón. Los dos mariscales fueron á tomar las órdenes de José y de la regente con respecto á la defensa de la capital.

Por su parte, el general Compáns, recogiendo en su camino las tropas en retirada, las del general Vincent que había ocupado Soissons, unas y otras rechazadas por las masas de la coalición, hizo alto en Meaux, destruyó los puentes, echó al agua la pólvora y se replegó por Claye y Bondy hacia París.

Los dos ejércitos de Silesia y de Bohemia, llegados á la orilla del Marne, tenían que tomar sus disposiciones para presentarse delante de París. Esta gran capital, conocida del mundo entero, se halla situada, como es sabido, más abajo de la confluencia del Marne con el Sena, y su parte más considerable y más poblada es la que se ofrece al enemigo procedente del Nordeste. En la época á que nos referimos no tenía más protección que las alturas de Romainville, de Saint-Chaumont y de Montmartre. Era preciso, pues, que los aliados atravesaran el Marne en masa para llegar á forzar nuestras últimas defensas y vengar veinte años de humillaciones. Por arriba y por abajo de Meaux pasaron este río y se distribuyeron de este modo en su marcha hacia París.

Primeramente pusieron de guardia en Meaux á los cuerpos de Sacken y de Wrede, para cubrir por allí sus retaguardias contra un ataque inesperado, precaución muy natural, puesto que habían dejado á Napoleón en Saint-Dizier. Blücher, con los cuerpos de Kleist y York confundidos en uno solo, con el cuerpo de Woronzoff (antes de Wintzingerode) y con el de Langerón, que entre todos comprendían noventa mil hombres, debía avanzar más á la derecha y llegar al camino de Soissons para avanzar por el Bourget hacia Saint-Denis y Montmartre. Habían confiado al cuerpo de Bulow el cuidado de apoderarse de Soissons. El príncipe de Schwarzenberg, con el cuerpo de Rajeffsky (antes de Wittgenstein) y las reservas, que formaban un total de cincuenta mil hombres, debió marchar por el camino de Meaux, Claye y Bondy hacia Pantín, la Villette y las alturas de Romainville. El príncipe real de Wurtemberg, con su cuerpo y el de Giulay, unos treinta mil hombres, hubo de encaminarse por Chelles, Nogent-del-Marne y Vincennes, sobre Montreuil y Charonne. Las tres columnas tenían orden de encontrarse el 29 por la tarde delante de París, con el fin de hallarse en estado de atacar el 30. Con efecto, se pusieron en marcha para llegar el día

convenido á las puertas de la gran capital, antiguo objeto de su odio y de sus ambiciones.

Sin que tengamos necesidad de decirlo, se pueden adivinar las emociones que agitaban á la población de París. Al fin ya no había duda; los ejércitos reunidos de la coalición habían tomado la resolución de marchar á París. Napoleón, fuera necesidad, fuera combinación, inexplicable para los parisienses, se hallaba entonces lejos de su capital y se encontraba en la imposibilidad de protegerla. Exceptuando algunos hombres ciegos por el espíritu de partido, la masa de los habitantes estaba sobrecogida de dolor y habría deseado un defensor, cualquiera que fuese. El deseo de verse libre del gobierno de Napoleón no era nada en comparación del miedo de un asalto y de los horrores que podían seguirle. La guardia nacional, sacada exclusivamente de la clase media y reducida á doce mil hombres no tenía tres mil fusiles. Una parte de ella tenía picas, armamento ridículo. El pueblo, aunque enemigo de la quinta y de los derechos reunidos, se estremecía á la vista del extranjero, y con gusto habría querido tomar las armas, si se las hubiesen podido dar y si hubiesen querido confiárselas. El pueblo erraba ocioso, inquieto, descontento, por los arrabales y los bulevares. En las barreras se apiñaba una muchedumbre de campesinos, que llevaban por delante sus ganados y cargado en carretas el ajuar de sus humildes moradas.

Ni siquiera habían pensado en dispensarles del pago del derecho de puertas, y algunos se vieron obligados á vender casi por nada una porción de lo que traían para poder poner á salvo lo restante en la capital. Estos desgraciados, tan luego como entraban se establecían al aire libre sobre los bulevares y las plazas públicas, y después de hacerse con sus carretas y sus ganados una especie de campamento, corrían de una parte á otra, pidiendo noticias, difundiéndolas, exagerándolas, y temblando al ruido del cañón que anunciaba la destrucción de sus propiedades. Sobre este pueblo tan vario, tan confuso, tan turbado, flotaba en una especie de desolación el gobierno más extraño del mundo. La emperatriz regente, vivamente alarmada por ella y por su hijo; temiendo á la vez á los soldados de su padre y al pueblo en medio del cual había venido á reinar; no encontrando ya cerca de Cambaceres, herido de estupor, los consejos que estaba acostumbrada á recibir; desconfiando sin razón de José, suave y afectuoso para ella, pero señalado á sus ojos como envidioso del emperador; no sabiendo, en fin, dónde encontrar un consejo ó un apoyo, había caído al ruido del cañón en un estado de consternación suma. José, á quien el cañón no asustaba, pero que viendo caer uno tras otro los tronos de su familia, empezaba á temer por el trono de Francia; José, que por las continuas instancias del emperador había intervenido un momento en la organización de las tropas sin saber lo que hacía, carecía de la inteligencia, la actividad y la fuerza necesarias para apoderarse debidamente de los elementos de resistencia que existían aún en París. El ministro de la Guerra, Clarke, duque de Feltre, hombre laborioso, pero incapaz, débil y próximo á ser infiel, obrando contra las ideas del duque de Rovigo á quien detestaba, apenas se hallaba en estado de ejecutar la mitad de las órdenes del emperador, las cuales, por lo demás, se concretaban exclusivamente al

ejército activo. El duque de Rovigo, valeroso é inteligente, pero desacreditado como el instrumento de una tiranía perdida, no era escuchado por nadie. Los demás ministros, hombres puramente especiales, no salían del círculo de sus funciones, y se limitaban en las circunstancias presentes á participar de la consternación general. En fin, el único hombre capaz, no de crear recursos, pues nunca se había ocupado de administración, pero sí de dar buenos consejos respecto al modo de conducirse, Mr. de Talleyrand, se sonreía con los apuros de todos estos personajes, se burlaba de ellos y les pagaba en desprecio la desconfianza que él les inspiraba.

¡Tal era el grupo confuso de príncipes y ministros que en aquel momento estaba encargado de la salvación de la Francia! De este modo se tropezaba por todas partes con las tristes consecuencias de la política de conquista: obras magníficas, armas, soldados en Dantzig, en Hamburgo, Flesinga, Palma-Nova, Venecia y Alejandría, y en París nada, nada! Ni un reducto, ni un soldado, ni un fusil, ni aun siquiera un gobierno, y por todo recurso, para dirigir la energía del pueblo más valeroso del universo, una desconsolada mujer, y unos hermanos no sin valor, pero sin autoridad, porque todo en el Estado se había reducido á un hombre, y ausente este hombre, el pensamiento, la voluntad, la acción parecían desvanecerse en el seno de la Francia paralizada!

Cuando el 28 de marzo supieron la próxima llegada de los mariscales, no podían conservar ya ninguna duda sobre la aproximación del enemigo. José, que era depositario de las instrucciones de Napoleón, escritas ó verbales, relativamente á lo que debería hacerse de la emperatriz y del rey de Roma en el caso de un ataque contra París, José dió parte de todo á la emperatriz, al archicanciller Cambaceres y al ministro Clarke, y no entró en el pensamiento de ninguno de ellos la idea de desobedecer, aunque en la mente de José y de Cambaceres se elevaran muchas objeciones contra la medida ordenada. La emperatriz estaba dispuesta á partir ó á quedarse, según lo que le dijeran sobre la voluntad de su esposo. Se convino en que se reuniera al instante el consejo de regencia para someterle esta cuestión y para provocar por su parte una resolución conforme á las instrucciones de Napoleón manifestadas de un modo categórico repetidas veces.

En la noche del 28 de marzo se reunió el consejo bajo la presidencia de la emperatriz. Componiase de José, de los grandes dignatarios Cambaceres, Lebrún y Talleyrand, de los ministros y de los presidentes del senado, del cuerpo legislativo y del consejo de Estado.

Apenas estuvieron reunidos en las Tullerías, el ministro de la Guerra, con permiso de la regente, tomó la palabra y expuso la situación en términos tristes y estudiados. Dijo que sus recursos se limitaban á los cuerpos muy reducidos de los mariscales Mortier y Marmont; algunas tropas entradas con el general Compáns; algunos batallones sacados con trabajo de los depósitos; una guardia nacional de doce mil hombres, de la cual sólo una parte tenía fusiles, un pueblo dispuesto á batirse, pero sin armas; algunas empalizadas en las puertas de la ciudad sin ninguna obra defensiva en las alturas; en todo, unos veinticinco mil hombres, desprovistos de los socorros del arte y obligados á sostenerse contra